The Library
of the
University of North Carolina

Endowed

Pr

PQ6217
.T44
vol. 20

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

BUILDING USE ONLY

PQ6217
.T44
vol. 20
no. 1-14

a 00002 33989 2

SF
B40

PQ6217
.T44
vol 20
no. 1-14

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
PROPERTY OF
LIBRARY
AT CHAPEL HILL

7956

SERAFIN Y JOAQUIN
ÁLVAREZ QUINTERO

LOS OJOS DE LUTO

PASO DE COMEDIA

9

MADRID

1917

LOS OJOS DE LUTO

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Copyright, 1917, by S. y J. Álvarez Quintero.

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

LOS OJOS DE LUTO

PASO DE COMEDIA

Estrenado en el Teatro de la Infanta Isabel
el 17 de marzo de 1917

MADRID

1917

Madrid.—Imp. Clásica Española. Cardenal Cisneros, 10.—Teléf. 4430.

A ANTONIA PLANA

BELLA MUJER Y ADMIRABLE ACTRIZ, A QUIEN ADORNA EL SUPREMO ENCANTO DE LA MODESTIA, SUS AMIGOS,

SERAFÍN Y JOAQUÍN

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
OLVIDO.....	Antonia Plana.
CONSUELO.....	María Banquer.
LEANDRO.....	Emilio Díaz.

607060

LOS OJOS DE LUTO

Cercanías de la ermita de San Roque en un pueblecito andaluz, inmediato a las famosas aguas de Almarín, privilegiadas para la neurastenia.

Campo alegre y lleno de aromas: la primavera acaba de entrar. A la derecha del actor un banco de piedra, tosco y abandonado.

Por la izquierda, hacia donde se supone la ermita, salen, paseando, OLVIDO y CONSUELO, señora y doncellita. OLVIDO es bella, joven, interesante. Viste de negro, con algún discreto y coquetón asomo de próximo alivio. CONSUELO es una de estas perlas que nacen en Andalucía y que son criaditas como podían ser reinas. Cuestión de suerte.

OLVIDO

Después de disfrutar, en unos instantes de silencio, la delicia del sitio y del aire.

¡Qué hermoso día! ¡Cuánta luz!... ¡Qué campo más bonito! ¡Y cuánto perfume!... Yo gozo mucho con el olfato.

CONSUELO

¿Con qué?

OLVIDO

Oliendo estos olores, que parecen privilegio de Andalucía.

CONSUELO

Eso disen tos los forasteros; que aquí er campo huele mejó y más fuerte que en ningún sitio. ¿En Madrí no hay campo, verdá; no hay más que cayes?

OLVIDO

No, mujer; ¿de dónde sacas eso? Cuesta más trabajo que en este pueblo dar con el campo, pero hay campo.

CONSUELO

Ya me lo malisiaba yo.—¿Le ha gustao la ermita de San Roque a la señora?

OLVIDO

Mucho: por lo sencilla, por lo humilde... Yo no puedo con esas iglesias modernas, tan chillonas y tan recargadas. En estas ermitas entran más ganas de rezar; parecen más conformes con la idea de Dios.

CONSUELO

No se ponga usté malencólica.

OLVIDO

No temas.

CONSUELO

¡Qué bien le están sentando a usté las aguas!

OLVIDO

A maravilla. Bendigo a mi médico, que me las descubrió. Yo no tenía la menor noticia ni de Almarín ni de los milagros de sus aguas. Y me han mejorado tanto de mis murrias, que ya ves: vine por quince días al balneario... y llevo más de un mes en el pueblo.

CONSUELO

Pa las personas que duermen malamente; pa los que tienen ataques piléticos; pa los que se ponen tristes sin desgrasia ninguna... hasta pa los que están una mijiya guiyaos, son aguas muy recomendás.

OLVIDO

De todo eso padezco yo un poquito.

Va a sentarse, y ante la imperiosa e inesperada advertencia de CONSUELO, se detiene.

CONSUELO

¡No se siente usté en ese banco!

OLVIDO

¿Por qué, muchacha?

CONSUELO

¡No se siente usté!

Con acento supersticioso.

Disen que la que se sienta una vez ahí ya no se casa nunca.

OLVIDO

Riéndose.

¿Eso dicen?

CONSUELO

Eso.

OLVIDO

Espontáneamente.

¿Y cómo me ha citado aquí ese hombre?

CONSUELO

¿Qué?

OLVIDO

No hablaba contigo.

CONSUELO

¡Ah! Miste cómo está er banco de verdina. Como que ninguna der pueblo se arrima ni a dos varas.

OLVIDO

¿Pero qué fundamento tiene esa leyenda?

CONSUELO

¿Habla usté ahora conmigo?

OLVIDO

Sí.

CONSUELO

Pos se cuenta, señora—esto es *muy antigüísimo*—que se iba a selebrá una boda en San Roque; que la novia se sentó en ese banco a esperá ar novio... y que er novio no vino y la dejó plantá. Otros disen que aquí se dió un tiro un marido muy enamorao, cuando supo que lo engañaba su mujé. Y otros, que como la ermita es de San Roque, y a San Roque lo pintan siempre con calabasas... Er resurtao es que er banco tiene ese renombre; que la que se sienta en é ya no se casa nunca.

OLVIDO

Como quiera que yo me casé una vez y no pienso casarme otra... ¡ay!... me puedo sentar tranquilamente.

Lo hace.

CONSUELO

Considerando ya irremediable la desgracia de su señora

¡Ah!... ¡Er chasco que se van a yevá unos cuantos!

OLVIDO

¿Por mí?

CONSUELO

¡Así que no trae la señora arborotaos a los señoritos der pueblo! ¡Qué trabajo me cuesta a mí yamarle a usté señora, siendo tan jovensita!

OLVIDO

Suspirando.

¡Ay!...

CONSUELO

No se ponga usté malencólica.

Pausa.

OLVIDO

¿Qué hora será, Consuelo? Se me ha parado mi reloj...

CONSUELO

¿Ar sentarse en er banco?

OLVIDO

Calla, tonta. ¿Qué hora será?

CONSUELO

Sobre las tres y media. Pero si quiere usté saberlo fijo fijo, se lo pregunto ar sacristán.

OLVIDO

No, no hace falta. Me ha cansado el paseo.

CONSUELO

Es que der pueblo aquí hay una tiraíta. Yo también lo noto en las piernas.

OLVIDO

Siéntate.

CONSUELO

Alejándose recelosamente del banco.

¡Ar momento me vi a sentá! Dispense la señora.

OLVIDO

¡Ja, ja, ja! ¡Qué risa!

CONSUELO

Reparando hacia la derecha.

¿Quién viene por ayí?

OLVIDO

¿Quién viene? ¿Algún agüista?

CONSUELO

No, no, señora: es un señorito der pueblo. El hijo de doña Josefa Rincón.

OLVIDO

Ah, sí: Leandro. Lo espero.

CONSUELO

¿Que lo espera usté?

OLVIDO

Nos hemos citado en este sitio.

CONSUELO

Perpleja.

¿Y ha tenío usté er való de sentarse?

OLVIDO

Ahí verás; lo espero sentada.

CONSUELO

Es una proporsión er señorito ese.

OLVIDO

En el pueblo tiene donde elegir.

CONSUELO

Sólo que a é no le gusta ninguna. Y no será porque no las haya bonitas, ni porque eyas no afilen er gancho. A la cuenta, lo que le pasa es que, como vive medio año en Madrí, está hecho a más finura y a más señorío. Y que es muy volandero.

OLVIDO

Yo, por mi parte... Figúrate: voy a hablar con él de un negocio...

CONSUELO

¿De un negosio?

OLVIDO

Parece que es él quien administra los bienes de su madre.

CONSUELO

Sí, señora.

OLVIDO

Y a mí se me ha antojado comprar esa huerta que tienen a la entrada del pueblo.

CONSUELO

¿La Huerta ae los Dátiles?

OLVIDO

Justamente. Le está mi salud tan agradecida a Almarín, que quiero obligarme, adquiriendo en el pueblo una finca, a pasar aquí algunas temporadas.

CONSUELO

¡Ay, qué bien!—Ya está ahí er señorito. Y se viene riyendo; como si viniera a vé a la novia.

OLVIDO

Pues mira si hay distancia.

CONSUELO

¿Me deja usté a mí que me vaya mientras a hablá con er sacristán?

OLVIDO

Vete.

CONSUELO

Porque ha de sabé la señora que yo le gusto ar sacristán.

OLVIDO

¡Vamos!

CONSUELO

Y que er sacristán me gusta a mí.

OLVIDO

¡Entonces!...

CONSUELO

No me para más que la sotana. Eso de pelá la pava con un hombre que gasta sotana, me pienso yo que es í contra la iglesia.

OLVIDO ríe.

Con permiso de la señora.

Se va por la izquierda, decidida a que el sacristán olvide los altares un rato.

Pausa. OLVIDO inclina la cabeza y baja los ojos. Sin embargo, el rabillo de uno parece como que se distrae hacia la derecha. Sale LEANDRO. Es un señorito de la localidad que ha corrido mundo. O que cree él que lo ha corrido.

LEANDRO

Olvidito, muy buenas tardes.

OLVIDO

Buenas tardes, Leandro.

LEANDRO

¡Qué puntual... y qué guapa!

OLVIDO

¿Era este el sitio que usted me propuso para que habláramos, no es cierto?

LEANDRO

Este, precisamente, no. La verdad sea dicha. Yo le indiqué a usted los alrededores de la ermita, ¿recuerda?... Y esperaba hallarla en aquel otro banco.

OLVIDO

¿Qué más da uno que otro?

LEANDRO

Parece que aquél está más en sombra...

OLVIDO

Hoy no pica el sol.

LEANDRO

Pero hace calorcillo.

Sopla el hombre como sofocado y se atusa el bigote más de lo regular.

OLVIDO

Lo veo a usted un poco nervioso.

LEANDRO

¿Nervioso? ¡No, señora! ¿Por qué lo dice usted?

OLVIDO

¡Qué sé yo!... Se me había figurado...

LEANDRO

Es natural que su presencia me haya causado algún efecto.

OLVIDO

Hombre, si hubiese sido inesperada, tal vez...

Pero desde anoche, ya ha podido usted hacerse a la idea...

LEANDRO

Hay realidades, Olvidito, hay realidades... que cuando se tocan... que cuando se tocan... que cuando se tocan...

OLVIDO

Pare usted de tocar. Y de hacer visajes. Me temo que va usted también a tener que tomar estas aguas.

LEANDRO

No, no... no, señora... ¡A menos que usted me las recete!...

OLVIDO

Si es por eso... Yo se las he de recetar a todo el mundo. En la tristeza de mi soledad, en el desasosiego de mi alma... ¡les debo tantísimo! Les debo la salud del cuerpo, que es, por lo menos, la mitad de la otra. Siéntese usted, Leandro.

LEANDRO

¿Que me siente?

OLVIDO

Sí. Digo, si quiere usted sentarse.

LEANDRO

Yo, sí... Con mucho gusto...

Se queda de pie.

OLVIDO

Pues no lo veo.

LEANDRO

Es que me sorprende que usted... No sé si me atreva... ¿Conoce usted la leyenda de este banquito?

OLVIDO

Me la ha referido Consuelo.

LEANDRO

¿Y entonces?...

OLVIDO

Entonces, ¿qué?

LEANDRO

¿Usted no cree en supersticiones, en leyendas?...

OLVIDO

Al contrario: porque creo en ellas me he sentado sin vacilar en este banco y no en aquel otro, amigo mío.

LEANDRO

Tragando saliva.

Ya.

Silencio. Luego, de repente, se decide y se sienta al lado de OLVIDO, bromeando

¡Sea lo que Dios quiera!

OLVIDO

¿Y usted, cree o no cree en lo que de este banco se dice?

LEANDRO

Ni poco ni mucho. Pero me felicito de que usted crea. Está usted en el estado perfecto de la mujer: ¡viuda! ¡Qué encanto!—dicho sea con perdón.—¡No pierda usted jamás esta libertad de golondrina!

OLVIDO

¿De golondrina?

LEANDRO

Sí: las alas negras, la... la pechuguita blanca... Además, la golondrina sube al cielo, baja a la tierra...

OLVIDO

En la tierra estamos, Leandro: dejemos el *sielo*. ¡Ay, el *sielo* he dicho! Por días se me pega el acento andaluz.

LEANDRO

¡Bueno; que se le pegue!... Eso va ganando el acento. Yo, en cambio, lo pierdo por días.

OLVIDO

De todo tiene traza esta conversación menos de preliminar de un negocio.

LEANDRO

No lo crea usted: los tratos de negocios principian casi siempre por conversaciones a cien leguas de ellos... No parece sino que haya miedo de entrar en el asunto.

OLVIDO

Usted lo sabrá. Yo hasta ahora no me he visto nunca...

LEANDRO

¡Claro! Pues, sí, sí; volviendo a lo que hablábamos: conserve usted, Olvido, la libertad lograda a costa de su pena. ¡Dichosa libertad la del corazón! ¡Oh, las viudas!... ¡las viudas!...

OLVIDO

¡Qué entusiasmo por las viudas, Leandro! ¿Le gustan a usted los ojos de luto?

LEANDRO

¿Los ojos negros?

OLVIDO

No; los ojos de luto. Es otra cosa.

LEANDRO

Diga usted.

OLVIDO

Tiene un sentido original la frase. Un amigo mío, un poco chiflado o un poco poeta, dice que

las mujeres no se ponen los ojos de luto sino por el amante o el marido. Ni aun por el novio. Muere el padre, muere el hermano, muere un tío carnal... y ellas visten de negro su persona y hasta su alma; pero los ojos siguen del color que tenían. Muere el marido o el amante... y entonces, sólo entonces, enlutan sus ojos. ¿Qué le parece a usted?

LEANDRO

Muy bien; muy bonito. Pero ¿no es hora ya de que los de usted se vayan aliviando?

OLVIDO

Por Dios, deje eso... Cambiemos la conversación. Ya conoce usted mi firme decisión, Leandro; mi pena imborrable...

LEANDRO

¿Imborrable, Olvido? ¿Y lo afirma usted, que lleva ese nombre? El tiempo se encarga...

OLVIDO

No, Leandro, no; yo creo que no soy como muchas. Mis ojos seguirán de luto toda la vida.

LEANDRO

¡Mejor! ¡Así me encantarán toda la vida a mí!

OLVIDO le sonríe.

Lo extraordinario es que se hayan emborrachado estando de luto.

OLVIDO

¿Cómo dice usted?

LEANDRO

No es la primera vez que le hago a usted esta observación. Sus ojos de usted están borrachos: fíjese luego en casa, ante el espejo.

OLVIDO

¿Borrachos? ¡Vaya un desatino!

LEANDRO

Tienen así como un mareo, una vacilación luminosa... Nada, que están borrachos. Y el derecho ha bebido una copita más que el otro.

OLVIDO

Me hará usted reír. Ea, ea, tratemos de la *Huerta*, que es a lo que aquí hemos venido.

LEANDRO

Yo, no.

OLVIDO

¿Que usted no?

LEANDRO

No, señora.

OLVIDO

Levantándose.

Ah, pues, entonces, buenas tardes.

LEANDRO

¡Olvido!

OLVIDO

¡Leandro! ¿Qué equivocado concepto tiene usted de mí?

LEANDRO

No se enoje usted; no se ofenda conmigo. He dicho que yo no he venido aquí a tratar de la

Huerta, porque considero que la *Huerta* es de usted, desde el momento en que usted la desea.

OLVIDO

Eso es muy galante, pero yo no lo puedo aceptar.

LEANDRO

Veremos.

OLVIDO

No, no veremos.

LEANDRO

Pues no veremos. Ello ha de ser todo a gusto de usted.

OLVIDO

¡Jesús, qué hombre!

LEANDRO

Yo quiero que aprovechemos esta soledad, esta hora, para hablar de amor.

OLVIDO

¡Ave María Purísima!

LEANDRO

Ya lo dije.

OLVIDO

¡Para hablar de amor!... ¿Sabe usted lo que me pide, criatura? Esto sí que me ofende.

LEANDRO

¡No!

OLVIDO

¡Sí: me ofende! ¿Y es usted el que hace unos momentos me aconsejaba que no perdiera nunca mi libertad?

LEANDRO

E insisto en mi consejo: el amor no esclaviza: el que esclaviza es el matrimonio.

OLVIDO

No desbarre usted: no pierda yo la buena opinión que de usted he formado. El matrimonio es cosa bendita; pacto duradero, no sujeto a las contingencias y veleidades del amor mentiroso o liviano. ¡Qué dicha! ¡Encontrar un compañero en la vida a quien poder decirle: «Dame la mano:

ven conmigo. Juntos iremos hasta el fin, venga lo que viniere. ¡Partiremos por igual dolor y alegría!»

LEANDRO

Impresionado.

Feliz mortal debió de ser su esposo, señora.

OLVIDO

Lo fué. Como yo.

LEANDRO

¿Qué tiempo estuvo usted casada?

OLVIDO

Tres años.

LEANDRO

¿Y no le ha quedado a usted ningún hijo?

OLVIDO

No he tenido ninguno.

LEANDRO

¿Lo siente usted?

OLVIDO

¡A par del alma!

LEANDRO

Me prometió usted la otra tarde enseñarme un día el retrato de...

OLVIDO

¿De Enrique?

LEANDRO

¿Se llamaba Enrique?

OLVIDO

¿Mi marido? Sí. Enrique León. Va usted a verlo.

Abre un medallón que lleva pendiente del pecho y se lo muestra, después de besarlo.

Mire usted.

LEANDRO

Atónito.

¿Eh?

OLVIDO

¿Qué?

LEANDRO

¿Enrique León?

OLVIDO

Sí.

LEANDRO

Sin poder contenerse.

¡Este no es Enrique León!

OLVIDO

¿Qué está usted diciendo?

LEANDRO

¡Que este no es Enrique León!

OLVIDO

Pero ¿se ha vuelto usted loco, Leandro?

LEANDRO

¡No, señora! ¡No pretenda usted burlarse de mí! ¡Este no es Enrique León, sino Pepe Navarro, el arquitecto! ¡He vivido con él en Madrid más de un año, juntos a todas horas! ¿Por qué se turba usted?

OLVIDO

¿Yo, Leandro?...

LEANDRO

Usted, sí: usted se turba, Olvido... Le tiembla a usted el color en la cara... ¿Qué es esto?

OLVIDO

¡Ay, Dios mío!

LEANDRO

¿Qué es esto?

OLVIDO

Afligida.

Pues esto... esto... ¡Ay, Dios mío! ¡También ha sido casualidad! ¡Qué pícara casualidad!

LEANDRO

¿Cómo? ¿Qué dice? ¿Es Pepe Navarro, efectivamente?

OLVIDO

¡Yo qué sé cómo diablos se llama!

LEANDRO

Pero ¿no aseguraba usted que era su marido?

OLVIDO

Sí, pero... ¡Ay, ay, ay!... Usted verá... ¡Virgen santa, lo que va usted a pensar de mí! Leandro, ¿estoy delante de un caballero?

LEANDRO

Sin duda.

OLVIDO

¿De un hombre de honor?

LEANDRO

De honor; de honor. Palabra de honor. Soy un hombre de honor... que ahora mismo tiene muy mal sabor de boca.

OLVIDO

¿Usted a nadie le confiará nada de esto?

LEANDRO

A nadie.

OLVIDO

¡A nadie!

LEANDRO

Se lo juro a usted.

OLVIDO

Pues bien, Leandro, sepa usted la verdad: yo no soy viuda.

LEANDRO

Acercándosele mucho con regocijo.

¿Es usted casada?

OLVIDO

No, señor; soy soltera.

LEANDRO se retira instintivamente.

¡No huya usted tan pronto, hombre de Dios!

LEANDRO

Turbadísimo.

No, no, señora, no huyo... ¡Qué tontería! Digo, *no*, *señorita*, no huyo... Lo que es que estoy perplejo... que no sé lo que me sucede... que no acierto a dar en el clavo... ¡que no me explico, ¡vaya! este simulacro de viudez! A... ahora me he puesto más nervioso que antes.

OLVIDO

Reflexione usted un momento y se lo explicará. ¿No es usted el hombre que adora los ojos de luto? Aquí no puede haber nada extraño más que mi atrevimiento. Óigame usted. Yo, en Madrid, tengo muchas amigas entre casadas, solteras y viudas. Las casadas, casadas están y son felices; a las solteras no les sale un novio ni para un remedio; las viudas van a casarse todas otra vez.

LEANDRO

Comprendiendo con cierto terror.

Ya, ya, ya, ya, ya...

OLVIDO

¿Va usted haciéndose cargo de mi artimaña? Yo, en Madrid, vivía con los nervios de punta; desesperada; llamando inútilmente al amor. El médico de casa me recetó estas aguas benéficas. Papá no podía acompañarme; mamá, tampoco... Entonces discurrí esta diablura. Vestí de negro, me enluté los ojos, y tomé el tren solita, con el propósito de hacerme acompañar aquí por una doncella que, es claro, ignorase completamente

mi secreto. Al concluir mi hermano Antonio su carrera, se retrató con sus camaradas en un grupo: recorté de entre ellos el que me cayó más en gracia y tenía más bigote, que era éste, y lo metí en el medallón para darle verosimilitud a mi falso estado. ¡Hasta se ha ganado algunos besos!

LEANDRO

Ya, ya, ya...

OLVIDO

¡Y en quince días que llevo en Almarín, de viuda inconsolable, me han salido ya más pretendientes que en todos mis años de soltera! ¡Así me han sentado las aguas!

Con rubor repentino.

Discúlpeme usted.

Vuelve al banco. LEANDRO se pasea, preocupado, inquieto. Se creería que trata de escaparse. OLVIDO lo observa. Pausa.

¿Qué es eso? ¿Habla usted solo?

LEANDRO

¿Hablo solo? Es posible.

OLVIDO

Pues aun estoy yo aquí.

LEANDRO

Ya, ya la veo.

OLVIDO

Y note usted si mi engaño está justificado o no: antes de descubrirlo, quería usted comerme; y apenas ha sabido usted que soy soltera, el campo le parece estrecho para correr.

LEANDRO

No, no por cierto, Olvido. No interprete usted a su antojo... Es que la revelación es insólita... desconcierta a una estatua de bronce. Deje usted que me recobre un poco...

Muy serio.

¡Tiene gracia! ¡Tiene mucha gracia!

OLVIDO

Bueno, pero dígalo usted con otra cara, porque si no parece que no le ha hecho ninguna.

LEANDRO

Riendo nervioso.

¡Tiene, tiene gracia! Le advierto a usted, Olvido, que yo he pensado mucho en esta atracción indudable que sobre casi todos los hombres ejercen las viudas... ¿En qué cree usted que consiste? ¿En qué se apoya?

OLVIDO

¡Ay, amigo mío! Se apoya en mil razones. Yo las he analizado todas antes de decidirme... a *enviudar*.

LEANDRO

Será curioso.

OLVIDO

La primera es que, al pretender a una viuda, el rival con que lucha el hombre... está bajo tierra. No le puede dar ningún disgusto.

LEANDRO

¡Claro! Eso es.

OLVIDO

Y el hombre, generalmente vanidoso, se recrea

con la suposición de que hasta que no ha llegado él no ha sentido aquella mujer el amor verdadero. Los hay muy pavos. ¡Y como el otro pobre no pía!...

LEANDRO

¡Je, je!

OLVIDO

Luego, el instinto de conservación, también contribuye...

LEANDRO

No comprendo.

OLVIDO

Pues es muy fácil. El hombre imagina que una mujer que ha enviudado una vez, lo natural es que no enviude otra. Y se acerca a ella, como diciendo sin decirlo: «Ahora te toca a ti la china.» ¿No?

LEANDRO

¡Je, je! No está mal observado, no.

OLVIDO

¡Pues suelen darse chascos muy grandes! Además, Leandro, ¡con cuántas armas no cuenta la

viuda que no puede esgrimir la soltera! ¿Qué juicio le hubiera merecido yo a usted si *de soltera* le doy esta cita? Con franqueza.

LEANDRO

Sí, sí... me hubiera parecido atrevidilla por lo menos.

OLVIDO

En cambio, con los ojos de luto...

LEANDRO

La he encontrado muy natural... muy natural... Una cosa muy natural.

OLVIDO

Y ¿dónde me deja usted el palique? A mí me recrea poner en la conversación una poquitita de picardía... de mostaza...

LEANDRO

¿Sí, eh?

OLVIDO

¡Señor, si una no se ha criado en ningún fanal!

¡Si está enterada de muchas cosas que tiene que fingir que no sabe! Bueno, pues *de soltera*, ni mostaza... ni picardía. Y, naturalmente, los muchachos nos toman por tontas. Y no somos tan tontas.

LEANDRO

No, no; usted no es nada tonta, no.

OLVIDO

Lo dice usted, porque me ha conocido *viuda*. Y vea usted qué absurdo: los papás no quieren que una se permita la menor libertad, ni aun dentro del recato, y luego le echan a una en cara que no tiene gancho para los hombres. ¿No lo hemos de tener? ¡Y muy bien afilado! ¡Pero nos obligan a guardarlo en la cómoda! Las viudas, por el contrario, lo llevan colgado de la cintura, y sazonan su charla con sal, con pimienta, con mostaza, con cuanto necesitan, sin que nadie las censure por ello. A lo sumo, se dice: «¡Ay qué *original* es esta Fulanita!» Una soltera un poco libre, asusta. «¡Jesús, qué niña! ¡se quiere meter por los ojos!» Una viuda más que libre, seduce. Lo que en una es defecto, es gracia en la otra. ¿En qué piensa usted?

LEANDRO

En eso; en todo eso; en la verdad de todo eso.

OLVIDO

Pues hay más todavía. A una mujer que pasa de los treinta se la califica de *solterona* y no se le dedican sino desaires y frases despectivas. «¡A vestir imágenes!» es lo mejor que oye. Una viuda de la misma edad, «¡está en punto de caramelo!» ¡Caramba! ¡si caramelo es una, caramelo es la otra!

LEANDRO

Más... más caramelo la soltera, porque... porque aun está envuelta en su papelito...

OLVIDO se ríe.

¿Le ha hecho a usted gracia, eh?

OLVIDO

Me ha hecho gracia.

LEANDRO

Pues lo iba a decir en otra forma un poquitín más libre, pero he tenido en cuenta que...

OLVIDO

Sí; que *ya* soy soltera.

LEANDRO

Cabalito.

OLVIDO

Y la razón suprema que lleva a los hombres a la predilección por las viudas...

LEANDRO

Yo empiezo a modificar mis convicciones, no crea usted...

OLVIDO

Mirándolo con zalamería.

¿Tan pronto? La razón suprema de esa predilección estriba en el imán, en el incentivo de lo vedado. Una soltera dice ingenuamente: «¡Yo me quiero casar!» Una viuda dice: «¡Yo no quiero casarme!» Y a esa es a quien persigue el hombre.

LEANDRO

Tiene usted muchísimo talento.

OLVIDO

¡Quiá! No tengo más que corazón para sentir las cosas.

LEANDRO

Y es usted una actriz consumada: ¡con qué supremo arte ha sabido fingir la viudez!

OLVIDO

Pues, mire usted: no me agradaría quedarme viuda.

LEANDRO

¡Ni a mí que se quedase!

OLVIDO

Por lo pronto, Leandro, descubierta la trama ya, no soy más que una solterita inocente. Le suplico a usted, pues...

LEANDRO

¿Qué?

OLVIDO

No es discreto que continuemos aquí hablando solos.

LEANDRO

¡Si para los demás es usted viuda!

OLVIDO

Pero para usted no. Y ahora su opinión empieza a importarme.

LEANDRO

¿De veras, Olvido?

OLVIDO

No le contesto a usted que no sé mentir, porque no va usted a creerme.

Vuelve CONSUELO, los ve muy amarteladitos en el banco, y gratamente sorprendida, saca la punta de la lengua. Luego, procurando que no se advierta su presencia, presta gran atención al diálogo.

LEANDRO

Bien; pero porque usted cambie inopinadamente de estado, yo no renuncio a hablar con usted.

OLVIDO

No se trata de eso, sino de que hablemos de otra manera. Yo *nesesito* quien me acompañe ya... *¡Nesesito!* Otra vez el acento andaluz. Mañana volveré por aquí bien acompañada.

LEANDRO

¿A esta hora?

OLVIDO

¿Para qué la vamos a cambiar?

LEANDRO

¡Pues yo me haré el encontradizo!

OLVIDO

¡Perfectamente!

LEANDRO

Y ahora la dejo a usted, ya que me lo suplica. Sin contar con que me hace falta andar lo menos seis o siete kilómetros para entrar en caja. ¡Ha sido mucha voltereta! Porque... vamos... una soltera que acabe en viuda... a nadie puede sorpren-

derle; pero ¡una viuda que termine en soltera!... ¡Carape! ¡Para mí que es nuevo en la historia!

OLVIDO

¡Ja, ja, ja! ¿Y le pesa a usted?

LEANDRO

¡Qué locura!

OLVIDO

¿Hasta mañana, entonces?

LEANDRO

Hasta mañana. ¡Cuando yo le dije a usted que era suya la *Huerta!*

OLVIDO

¿Aquí mismo, eh?

LEANDRO

Aquí mismo.

OLVIDO

¿Y en el banco de la leyenda?

LEANDRO

¿Por que no? ¡Vamos a terminar con ella nosotros!

OLVIDO

Por mí...

LEANDRO

¡Pues por mí!... ¡Carape, qué nervioso estoy! Hasta mañana.

Se va resuelto por la derecha, haciendo mohines.

OLVIDO

Hasta mañana.

Le dice adiós con la manita y se queda viéndolo ir.

CONSUELO

¡Digo, digo! ¡Y desían der banco! ¡Si resurta ar revés!...

Sentándose como en una butaca.

¡Lo que es yo no pierdo más tiempo!

OLVIDO

¡Adiós!...

Pausa.

Es simpático. Y parece buen chico... ¡El tren de *viudas* que va a salir de Madrid cuando se sepa esto!

Obedeciendo a sus reflexiones.

Solteritas sin fin, no tengáis duda:
al hombre más rebelde o más astuto,
se le vence con armas de viuda,
con los ojos de luto.

FIN

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

JUGUETES CÓMICOS

(PRIMEROS ENSAYOS)

Esgrima y amor.—Belén, 12, principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—Las casas de cartón.

COMEDIAS Y DRAMAS

EN UN ACTO

La reja.—La pena.—La azotea.—Fortunato.—Sin palabras.

EN DOS ACTOS

La vida íntima.—El patio.—El nido.—Pepita Reyes.—El amor que pasa.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.—La escondida senda.—Doña Clarines.—La rima eterna.—Puebla de las Mujeres.—La consulesa.—Dios dirá.—El ilustre huésped.

EN TRES O MÁS ACTOS

Los Galeotes.—Las flores.—La dicha ajena.—La zagala.—La casa de García.—La musa loca.—El genio alegre.—Las de Caín.—Amores y amoríos.—El centenario.—La flor de la vida.—Malvaloca.—Mundo, mundillo...—Nena Teruel.—Los Leales.—El duque de Él.—Cabrita que tira al monte...—Marianela.

SAINETES Y PASILLOS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El género ínfimo.—Los meritorios.—La reina mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—Fea y con gracia.—La mala sombra.—El patiniilo.—Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias.

ENTREMESES Y PASOS DE COMEDIA

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—La zahorí.—El nuevo servidor.—Mañana de sol.—La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Amor a oscuras.—Nanita, nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—A la luz de la luna.—El agua milagrosa.—Las buñoleras.—Sangre gorda.—Herida de muerte.—El último capítulo.—Solico en el mundo.—Rosa y Rosita.—Sábado sin sol.—Hablando se entiende la gente.—¿A quién me recuerda usted?—El cerrojazo.—Los ojos de luto.

ZARZUELAS

EN UN ACTO

El peregrino.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el botijo!—El amor en solfa.—La patria chica.—La muela del rey Farfán.—El amor bandolero.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.—La casa de enfrente.

EN DOS O MÁS ACTOS

Anita la Risueña.—Las mil maravillas.

MONÓLOGOS

Palomilla.—El hombre que hace reír.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el Corneta.—La historia de Sevilla.

VARIAS

El amor en el teatro.—La contrata.—La aventura de los galeotes.—Cuatro palabras.—Carta a Juan Soldado.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Becqueriana.—Rinconete y Cortadillo.

Pompas y honores, *capricho literario en verso. Fernando Fé, Madrid.*

Fiestas de amor y poesía, *colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marín, Barcelona.*

La madrecita, *novela corta.*

EDICIÓN ESCOLAR:

Doña Clarines y Mañana de sol. *Edited with introduction, notes and vocabulary by S. Griswold Morley, Ph. D. Assistant Professor of Spanish, University of California.—Heath's Modern Language Series.—Boston, New York, Chicago.*

TRADUCCIONES

AL ITALIANO:

I Galeoti.—Il patio.—I fiori (*Las flores*). — La pena.— L'amore che passa.—La Zanze (*La Zagala*), por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

Anima allegra (*El genio alegre*), por Juan Fabré y Oliver y Luigi Motta.

Le fatiche di Ercole (*Las de Caín*), por Juan Fabré y Oliver.

I fastidi della celebrità (*La vida intima*), por Giulio de Medici.

La casa di García.—Al chiaro di luna.—Amore al buio (*Amor a oscuras*), por Luigi Motta.

Il centenario, por Franco Liberati.

Donna Clarines, por Giulio de Frenzi.

Ragnatelle d'amore (*Puebla de las Mujeres*), por Enrico Tedeschi.

Mattina di sole.—L'ultimo capitolo.—Il fiore della vita.—Malvaloca.—Iettatura (*La mala sombra*).—Anima malata (*Herida de muerte*).—Chi mi ricorda lei? (*¿A quién me recuerda usted?*), por Gilberto Beccari y Luigi Motta.

AL VENECIANO:

Siora Chiareta (*Doña Clarines*), por Gino Cucchetti.

El paese de le done (*Puebla de las Mujeres*), por Carlo Monticelli.

AL ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla (*El patio*).—Die Blumen (*Las flores*).—Die Liebe geht vorüber (*El amor que pasa*).—Lebenslust (*El genio alegre*), por el Dr. Max Brausewetter.

Das fremde Glück (*La dicha ajena*), por J. Gustavo Rohde.

Ein sonniger Morgen (*Mañana de sol*), por Mary v. Haken.

AL FRANCÉS:

Matinée de soleil (*Mañana de sol*), por V. Borzia.

La fleur de la vie (*La flor de la vida*), por Georges Lafond y Albert Boucheron.

AL HOLANDÉS:

De bloem van het leven (*La flor de la vida*), por N. Smidt-Reineke.

AL PORTUGUÉS:

O genio alegre.—Mexericos (*Puebla de las Mujeres*), por Joao Soler.

AL INGLÉS:

A morning of sunshine (*Mañana de sol*), por Mrs. Lucretia Xavier Floyd.

Malvaloca, por Jacob S. Fassett, Jr.

ADMINISTRACIÓN:

LIBRERÍA «FERNANDO FÉ»

PUERTA DEL SOL, 15. MADRID

UNA PESETA

1 La Musa Loca
2. Nanita, Nana
3 Nenatervel
4 EL Nido
5 La Niña de Juana
6 EL Niño Prodigio
6 Novelera
7. Los Ojos de Luto
8. Los Pápiros
9 Pasionera
10. EL PATINILLO
11 EL Patio
12 Pedro López

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T44
v.20
no.1-14